

PATRICK LEIGH FERMOR

ROUMELI

VIAJES POR EL NORTE
DE GRECIA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE DOLORES PAYÁS

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Roumeli. Travels in Northern Greece*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1966 by Patrick Leigh Fermor
© de la traducción, 2011 by Dolores Payás Puigarnau
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Imagen de la cubierta,
detalle de una hebilla de un cinturón femenino sarakatsáni.
Por cortesía del Museo de Folclore Sarakatsáni.

ISBN: 978-84-15277-25-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 23 463-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

Roumeli no se encuentra en los mapas actuales de Grecia. No es una demarcación política ni administrativa sino una denominación regional, casi coloquial; similar a lo que en Inglaterra llamamos el West o el North Country, los Fens o el Border. Su extensión ha variado y su ubicación también ha ido cambiando de modo algo impreciso. Hace unos siglos señalaba, a grandes rasgos, el norte del país (en oposición a Morea, el archipiélago y las deshabitadas provincias de Asia Menor), desde el Bósforo hasta el mar Adriático, y de Macedonia al golfo de Corinto. Tras la guerra de la Independencia, el significado del nombre se redujo y pasó a designar sólo la parte sur de esta vasta superficie: la cinta montañosa de territorio situado entre el golfo y la frontera norte. Esta línea separaba el nuevo reino de Grecia de los irredentos parajes que políticamente pertenecían aún al Imperio otomano, y se prolongaba desde el golfo de Ambracia hasta el golfo de Volos. Las guerras balcánicas y la Primera Guerra Mundial hicieron avanzar las fronteras griegas. Se produjeron dos grandes saltos en dirección norte y se duplicó la extensión del país; pero en boca de los griegos modernos Roumeli sigue limitada a aquella zona entre el golfo y la antigua frontera. Con ciertas reservas, de modo algo arbitrario y también algo autoritario, quizá seducido por la rareza y la belleza del nombre—el acento cae sobre la primera sílaba, haciendo de Roumeli un dactílico—, he regresado a esta temprana y holgada denominación para dar cobijo a mis vagabundeos. El uso de este término obsoleto y flexible me exonera de hallar su estricto

to equivalente moderno, y al mismo tiempo otorga una ilusoria apariencia de unidad a estos viajes hechos al azar. Y, lo que es mejor, el propio trisílabo está lleno de ecos y alusiones, soterrados significados profundamente vinculados al tema principal del libro.

Grecia está cambiando con rapidez, y la mayoría de lo que se escriba sobre ella estará en cierto modo pasado de moda el día en que vea la luz. La transcripción de estos viajes, emprendidos hace algunos años, y todos ellos motivados por abstrusas razones personales, conformaría una guía engañosa. Los cómodos coches cama han reemplazado a los destartalados autocares rurales, carreteras estupendas se abren camino atravesando el corazón de remotos pueblos y los hoteles brotan por doquier. Monasterios y templos a los que hasta hace bien poco sólo se podía acceder mediante solitarios y empinados ascensos, ahora sirven de dramático escenario para breves escalas técnicas de viajes multitudinarios altamente indoloros y sofisticados. Es la primera vez, desde Juliano el Apóstata, que el humo de los vehículos envuelve sus columnas, y el viajero necesita retirarse hacia las recónditas tierras del interior si quiere que su oído permanezca fuera del alcance de los transistores. Para muchos, todo esto es una fuente de beneficios materiales necesarios y, por supuesto, motivo de alegría. Y el ocasional griego o extranjero que disienta siempre puede retirarse, con paso majestuoso y petulante, a regiones más salvas alejadas de los caminos trillados. Desde luego, la mayoría de estas páginas conducen a estas zonas asilvestradas, cada vez más reducidas y escasas.

La lista de todos los amigos griegos que me han ayudado con su consejo, guía, hospitalidad, críticas y apoyo de todo tipo sería amplia e impresionante, pero en ningún caso mayor que la deuda contraída con ellos por tantos años

INTRODUCCIÓN

de amabilidad, estímulo y placeres compartidos. Quisiera también agradecer a otros aliados su paciencia y aguante durante esta larga gestación. Mi única tristeza, en el momento de los agradecimientos, es pensar que este libro sólo llegará a manos de uno de los dos amigos a los cuales estaba dedicado en su inicio.

P. M. L. F.

*St. Fermin - Passerano nel Lazio - Forio -
Lacroman - Lismore - Dumbleton -
Branscombe - Sevenhampton - Kalamitsi*

LOS NÓMADAS NEGROS

Alejandrópolis es una gran ciudad, pero el cosmopolitismo de sus habitantes no tiene nada de apabullante, más bien todo lo contrario. Los funcionarios atenienses rezongan cuando se les destina a este lugar, y los jóvenes oficiales, enfrentados a este exilio traciano, se miran los unos a los otros de soslayo. (No siempre fue de esta manera. En las historias de mi amigo Yanni Peltekis, que pasó su infancia aquí en tiempos de los turcos, la ciudad parecía tan llena de aventura y misterio como una de las descritas en las *Mil y una noches*). A mí me estaba gustando mucho, quizá porque era mi primera ciudad griega después de unos años de ausencia. Pero adivinaba que una estancia demasiado prolongada podría marchitar sus encantos.¹ La aquejan las usuales limitaciones de una nueva ciudad provinciana, y las horas nocturnas de funcionarios y oficiales se arrastran entre anécdotas archiconocidas y bostezos, continuas peticiones de cafés, y el sonido de las cuentas de ámbar deslizándose entre unos dedos que contienen el deseo de apartar el puño de la camisa y mirar el reloj; saben bien que todavía es demasiado temprano para ir a la cama. Acecha el aburrimiento provocado por una compañía que siempre es la

¹ Décadas o centurias antes, lo único notable aquí era un eremita que vivía bajo un árbol. Árbol y eremita han desaparecido, pero el nombre turco, *Dedeagatch*, que conmemora el hecho, se escucha aún algunas veces. El nuevo nombre de la ciudad no está relacionado con el nieto del rey Felipe, sino con el zar Alejandro II, que salió victorioso sobre los turcos en los Balcanes.

misma y además no ha sido elegida. Si una broma tiene gracia, algunos la repiten una y otra vez. Otros, más quisquillosos, sufren agudamente el *Inbite* del *Agenwit* [el tedio].

Pero un buen día los bostezos del bulevar nocturno se detuvieron de modo súbito al paso de un salvaje, solitario y extraño personaje. Era un hombre que jamás había estado confinado en una calle o casa, y en este entorno domesticado resultaba tan inapropiado como un lobo en las calles de Atenas. Tenía grandes bigotes y se tocaba con un rústico sombrero negro inclinado sobre el pelo desgreñado. Vestía un sencillo chaleco doble de piel de cabra metido en el interior de una faja, y por debajo asomaba una rígida pollera negra de pliegues que le llegaban hasta las rodillas. Unas medias del mismo tejido rígido le cubrían las piernas, calzaba uno de esos zapatos griegos de montaña que se levantan en la punta, curvándose como la proa de una canoa, y que terminan con una gran borla negra cubriendo toda la parte frontal. Las gruesas suelas estaban claveteadas y las cabezas metálicas arañaban el suelo a cada paso que daba. Andaba tranquilo, sin prisas, en medio de la calle y mirando fijamente al frente, como si quisiera evitar ser contaminado por los edificios. Sobre sus hombros descansaba un largo cayado de pastor cuyo pomo era una serpiente de madera. Había enroscado los dos brazos en él, dejándolos sueltos y en forma de cruz, igual que hacen muchos montañeses con sus bastones y fusiles. De hecho, era un sarakatsáni. Las cabezas se volvieron a su paso, y bajo las polvorientas acacias los golpetazos de los naipes y el repiqueteo de las fichas del chaquete cesaron por unos momentos. Me levanté y le seguí a una discreta distancia.

Los sarakatsáni siempre me han llenado de temor. Los vi por primera vez hace años, cuando caminaba a través de Bulgaria en ruta hacia Constantinopla. Una colmena de ca-

bañas estaba esparcida por las inclinadas colinas invernales que descendían hasta el mar Negro. La maleza enmarañada ascendía por las verdes laderas, miles de cabras y ovejas peludas pastaban en el lluvioso paisaje. Sus pesados badajos de bronce llenaban el aire con diversas tonalidades de armoniosos tintineos. Aquí y allí, como oscuros monolitos bajo el revoloteo de los cuervos, los pastores deambulaban con largos bastones como lanzas. Sus rostros casi se perdían en las hondas capuchas de unas capas de piel de cabra altas y anchas que les llegaban hasta el suelo. El tejido era grueso, y estaba tan rígido por la lluvia que sus portadores casi hubieran podido salirse de ellas dejándolas en pie como garitas de centinela. Un año más tarde, cabalgando a través de la Macedonia griega, los vi otra vez e incluso pasé una noche en una de sus ahumadas chozas. Luego los encontré a menudo, por todo el norte de Grecia, durante el invierno en los llanos, y en verano en las montañas, siempre en la distancia, silueteados contra el cielo. Estos auténticos nómadas, que se denominan a sí mismos ismaelitas, viven suspendidos en las fronteras de la vida normal griega, tan intangibles como un espejismo, y sólo se muestran a los mortales mediante lejanos vislumbres. En el Pindo y el Ródope, o en las sierras de Roumeli, aparecen de modo imprevisible en pleno verano, cuando la curva de un desfíladero deja al descubierto sus efímeros poblados de conos. Durante el invierno, si uno se aposta en las mismas nieves que los han proscrito, avista sus arracimadas cabañas en los llanos, el humo ascendente y los rebaños que pastan. En primavera se dirigen hacia las montañas desheladas llevando el ganado y las largas caravanas de caballos que cargan todas sus posesiones, y por la noche se detienen formando un breve poblado de sombrías tiendas. El otoño los envía de nuevo colinas abajo hacia las mustias praderas que pron-

to verdearán bajo la lluvia. Se les puede ver construyendo las semiesféricas chozas que los alojarán durante la temporada, forrándolas con ramas cortadas y cañas de mimbre. Son refugios cuyos techos de paja, cáscaras oscurecidas por el tiempo, señalarán el lugar en el que estuvieron asentados durante unos pocos meses, para luego desaparecer. A veces, el sonido de un ladrido lejano o el murmullo de los badajos sugiere su presencia en las profundidades de los bosques de encinas o a lo largo de un deslumbrante cañón donde nada se mueve a excepción de un par de águilas que flotan en el espacio. Casi siempre permanecen alejados. A excepción de estas raras apariciones, la huidiza comunidad—unas ochenta mil almas con rebaños que reúnen varios millones de cabezas—posee el don de la invisibilidad.

A diferencia de los seminómadas de Grecia, los koutzovlacos y karagounis, que emigran desde pueblos de montaña pero regresan cada año después de seis meses de ausencia en busca de pastos, los sarakatsáni no tienen otro asentamiento que sus mutantes moradas de mimbre y juncos. Sin embargo, todos ellos consideran ciertas zonas de montaña como su hogar; son rediles o cordilleras en los que han apacentado los rebaños durante siglos. Sus terrenos de pastos en las tierras bajas resultan, en cambio, más variables. Allí las estancias son inciertas y los parajes no tienen suficiente atractivo como para ganarse su lealtad. Los sarakatsáni de las áreas del norte son los que transitan por territorios más amplios. La repentina jaula de fronteras que surgió después de la guerra de los Balcanes no consiguió confinarlos. En otoño se desplegaban hacia el sur de Albania y cruzaban las fronteras inferiores de Serbia, llegando incluso hasta Montenegro, Herzegovina, Bosnia y, a través del interior de Bulgaria, hasta los pies de los Balcanes. Aquellos que consideraban los montes de Ródope como su hogar—pre-

cisamente los mismos que se asientan en las amenazadoras cumbres que sobrevuelan los llanos de Tracia—fueron particularmente audaces a la hora de ampliar sus vagabundeos invernales. Abordaban las regiones del norte, como los que yo avisté en el mar Negro, y antes de que el río Hebrus se convirtiera en una barrera insalvable, llevaban sus caravanas hasta Constantinopla, llegando a levantar sus chozas bajo las mismas murallas de Theodosia. Otros se instalaban en las orillas del mar de Mármara y luego se diseminaban por las fértiles colinas verdes de los Dardanelos. Muchos cruzaban el Helesponto para montar sus campamentos en la llanura de Troya. Los más arrojados seguían hasta las praderas de Bitinia para hibernar entre los álamos o avanzaban hacia el interior de Capadocia, esparciendo sus rebaños en los volcánicos desiertos que rodean los monasterios rocosos de Ürgüb. Y los más aguerridos incluso arribaron a Iconio, hogar de Jellalludin y metrópolis de los derviches volantes. Los nómadas nunca contemplaron estos colosales viajes como expatriaciones. Hasta 1920 gran parte de Asia Menor formaba parte del mundo griego, e incluso más allá de sus confines subsistían antiguas colonias griegas, asentamientos que tenían miles de años. La tardía invasión de los turcos selyúcidas los había reducido a un puñado de dispersos islotes de helenismo, pero aun así sobrevivían y prosperaban. Las invisibles fronteras de estos nómadas coincidían y se solapaban con las de otros trashumantes: los yürüks. Estos pastores de Anatolia, de nombre musulmán, apacentaban sus rebaños en las remotas tierras de Asia Menor muchos siglos antes de que llegaran los selyúcidas, y de vez en cuando retornaban la visita migratoria a los sarakatsáni, llegando incluso hasta Macedonia. A la vista de toda esta información, no tiene nada de extraño que los sarakatsáni estuvieran rodeados por un aura de leyenda.